

Juan Antonio Yeves Andrés, ENCUADERNACIONES HERÁLDICAS DE LA BIBLIOTECA LÁZARO GALDIANO. Madrid, Ollero & Ramos-Fundación Lázaro Galdiano, 2008

[Reseña]

Es intenso el recorrido de Juan Antonio Yeves en los estudios de historia del libro. Desde hace casi veinte años, la Biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano de Madrid cuenta con su presencia, ahora dirección, lo que le permitió en su día llevar a cabo una tesis doctoral de gran utilidad para el resto de investigadores, y que fue felizmente publicada hace diez años, *Manuscritos españoles de la Biblioteca Lázaro Galdiano* [Ollero y Ramos, 2 vols.]. La obra ganó el segundo Premio de Bibliografía de la Biblioteca Nacional (1996), en su nueva época. Con posterioridad, Yeves ha vertido en diversas aproximaciones su profundo conocimiento, sedimentado a lo largo de los años, sobre los fondos del depósito. Son publicaciones que han iluminado aspectos de la bibliofilia y la vida literaria de don José Lázaro (1862-1947), como, en unos casos, los textos de los catálogos de diversas exposiciones al efecto y, en otros, la edición del archivo epistolar obrante en *La España Moderna*, la revista de la que fue alma el prócer (La estética del libro español, Cánovas y Lázaro, Unamuno y Lázaro, Zorrilla y Lázaro, El doctor Thebussem y Lázaro). Podemos decir sin riesgo a equivocarnos, por tanto, que nadie como Yeves ha dado a conocer los altorrelieves que presenta la Biblioteca de la institución. Un ejemplo más es el de los fondos italianos. Asimismo, ha contribuido con estudios sobre piezas notables conservadas en la institución, como *El Buscón de la Fundación...* (2002). Pero sus aportaciones tienen igualmente otras miras, como por muestra su exhaustiva Bibliografía de *Luis Cervera Vera* (1996) o su edición de la *Institución de la Academia Real Matemática*, de Juan de Herrera (2006).

La riqueza del depósito lazariano le ha llevado así a acercarse a la encuadernación y a diversos aspectos del arte ligatorio. En el Seminario Internacional «Bases de Datos de encuadernaciones históricas: perspectiva europea» (Real Biblioteca, mayo de 2007) abordó la trayectoria de la encuadernación hispana desde inicios del siglo XX, considerando tanto las corrientes neos (neogótica, neorrenacentista, etc) como las novedosas, basadas en nuevos materiales, nuevos diseños y, sobre todo, nuevos conceptos. Como mostró el Seminario Internacional, hay actualmente una nueva sensibilidad de estudio e investigación hacia lo ligatorio. Prueba de ello es la vitalidad de perspectivas que pueden resultar clásicas pero que en realidad son innovadoras dada la falta de bibliografía científica anterior en esos campos, caso de la relativa a los super libros. Hace tiempo que Yeves percibió la ausencia actual de aproximaciones españolas a los mismos. Consciente, pues, de lo capital que es en ellos la heráldica como elemento distintivo de pertenencia -aunque no siempre implican posesión [1]- y pese a que los hay no heráldicos, realizó hace unos años una aportación ciertamente notable. Nos referimos a «La heráldica en los libros: encuadernaciones heráldicas», ponencia presentada en el *I Encuentro de Genealogía*, organizado por Hispagen (junio de 2003), y publicado en la revista de esta Asociación de Genealogía Hispana, asimismo en Internet. Antes, en 1999, había llevado otra ponencia al efecto al congreso gaditano *El libro como objeto de arte*, pero la de 2003 es, sin duda, una aportación más elaborada.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 54 (julio-septiembre, 2008)

Texto fundamental, decimos, pues desde las contribuciones específicas del marqués de Saltillo en los años treinta y cuarenta, no había habido una aproximación tan cercana a esta realidad. Las de Francisco Vindel o Sánchez Mariana fueron panorámicas sobre bibliófilos en general y no tanto en sus marcas de posesión, y la de Dalmiro de la Válgoma, más centrada en lo heráldico (*Mecenas de libros, su heráldica y nobleza, 1966*), se refería a los emblemas existentes en las portadas de las ediciones, escudos de los dedicatarios, y no a los emblemas heráldicos de poseedores en los planos. La historiografía hispana, verdaderamente, ha sido más bien pobre en lo que respecta al estudio de las marcas de posesión en cubiertas, no solo en comparación con Francia, la patria de la encuadernación bibliofílica -baste recordar, únicamente, a Guigard y su *Armorial de Bibliophile*, ya de 1870-, sino incluso Portugal, que no se quedó a la zaga, con, por ejemplo, *Super-libros portugueses ineditos*, de Mathias Lima (1927). Bien es cierto que hasta las últimas décadas tampoco había en España aproximaciones, desde otras perspectivas a las habituales, al mundo de la heráldica y su significado. En este sentido, han sido enriquecedoras las de Faustino Menéndez Pidal, algunas tan fundamentales como la del *I Seminario sobre Heráldica y Genealogía* (diciembre de 1984, publicada en 1988), «Panorama heráldico español. Épocas y regiones en el período medieval», imprescindible para entender la entidad de lo heráldico posteriormente, en la época moderna, que se completarían con el compendio que realizó en el discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, *Los emblemas heráldicos* (octubre de 1993).

La sola lectura de la solapa anterior del libro que nos ocupa ya es esclarecedora en relación a lo indicado de que no todo super libros es sinónimo de posesión. La «Introducción» aborda algunos aspectos presentes en el mencionado «La heráldica en los libros...», pero básicamente presenta la colección lazariana, compuesta de 250 piezas (295 volúmenes en total) con emblema heráldico en sus planos, y comenta en ella brevemente cuestiones de la misma, como procedencias o información sobre los poseedores. El más representado es el marqués de Caracena, con veintiséis piezas [2], seguido de don Pedro de Aragón y del duque de Medina de las Torres. El conjunto de bibliófilos presentes a través de sus armas conforma toda una galería de la bibliofilia nobiliaria hispana en la Edad Moderna, constituyendo a su vez su posesión la delicia de cualquier bibliófilo posterior a ellos, por lo que significaron estas colecciones. La «Introducción» se cierra con los criterios de descripción. La estructura de las fichas es minuciosa y consta de un encabezamiento de adjudicación, una somera descripción, un apartado de estilo, estructura y decoración, otro de estado de conservación, otro de descripción del escudo, procedencia y noticia del propietario y, al fin, la bibliografía.

Justo son cien las encuadernaciones que llevan armas de soberanos [pags. 35-173]. Se inicia el repertorio con una salmantina de Felipe II príncipe, sobre uno de los volúmenes adquiridos para Don Felipe en 1547 por Calvete de Estrella. En este grupo hay alguna pieza curiosa que ejemplifica lo referido a propósito de que no debe identificarse presencia de armas con posesión [cfr. núm. 3], una encuadernación con las armas filipinas cubriendo un impreso de 1558 pero ejecutada hacia 1900. En la Real Biblioteca, asimismo, hay algunas muestras de cubiertas con las armas del segundo Felipe pero empleadas en el XVIII [III/501]. Incorpora Yeves alguna de Felipe IV pero la mayoría corresponden a los Borbones, muy numerosas, en sus ramas hispana, francesa e italiana. Se da la circunstancia, en alguna ocasión, de que el nuevo monarca

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 54 (julio-septiembre, 2008)

usa el modelo heráldico del rey anterior, con la boca -forma del blasón- propia del predecesor, lo cual fue una solución muy frecuente antes de que el nuevo monarca generara su modelo propio. En algún caso [núm. 19], tal vez debería haberse indicado esta práctica para mayor claridad, aunque en otros casos [núms. 25 y 27] se advierte en el encabezamiento que las armas son de Fernando VI, cuando por la fecha deberían ser Carlos III, como luego se explica. A veces hubo recuperaciones notables en el tiempo y un buen ejemplo es el caso del águila bicéfala al timbre, usada por Felipe V pero empleada también por Carlos IV [núm. 63]. Con relación al estilo, alguna encuadernación muestra caracteres de ejecución italianos y no españoles, pese a calificarse de tal [núms. 16 y 25]. Por más que los criterios de descripción son detallados, se trata de una circunstancia que acaso merecería una explicación, puesto que cabe la posibilidad de que estemos ante una copia española de modelos italianos. También hay ejemplos de doble posesión [núm. 29], como el representado por un ejemplar de Carlos III y el Infante Don Antonio, el hermano bibliófilo de Carlos IV, según se observa en el plano, que ofrece ambos super libros.

No es pequeña la representación de encuadernaciones con armas de particulares [núms. 101-217]. La primera es una del quinto duque de Alba y son abundantes las de Caracena, De las Torres, don Pedro de Aragón y también del marqués de Moya y de Morante. Aquí hay que destacar el esfuerzo realizado, pues la heráldica de particulares presenta con mucha frecuencia gran dificultad de identificación. Las mencionadas son bien conocidas pero hay muchas otras, aquí presentes, que no. Incluso, se resuelven atribuciones erróneas, como el caso de una pieza que perteneció al cardenal Portocarrero [núm. 158], que en el repertorio de *Encuadernaciones en la Biblioteca Complutense* (2005, pág. 87), se recoge en dos ocasiones como modelo heráldico del cardenal Cisneros. Por cierto, en esta misma ficha [158], hay error de imprenta con respecto al período de ejecución, al igual que en alguna otra ocasión con respecto al ordinal de monarca. Son los duendes de la imprenta, que decía Erasmo. En esta sección hay piezas muy notables, no solo por la belleza de sus planos sino por el contenido que visten, como el álbum de dibujos de Alonso Berruguete y otros, que perteneció a los quintos duques del Infantado, cubierto en seda verde bordada con hilos de plata [núm. 164]. También están representados los libros pertenecientes a consortes de soberanos, como Isabel de Farnesio, María Luisa de Parma y otras; tal vez, al ser personas reales, hubiera merecido la pena abrir un capítulo propio que las acogiera pese a su número modesto. Esta sección es un reflejo también de la bibliofilia decimonónica, pues hay piezas de relevantes coleccionistas de ese siglo, no solo en España, como Morante, sino del resto del continente, según muestra el grupo de encuadernaciones del barón Seillière, uno de los más exquisitos bibliófilos franceses del XIX.

El siguiente capítulo se dedica a las armas institucionales y territoriales [pags. 349-373], una docena, todas españolas salvo una de la ciudad de París y otra de la Universidad de Oxford.

Las encuadernaciones con armas sin identificar constituyen el siguiente grupo [pags. 375-399]. Yeves hace gala de prudencia y no otorga atribución a los emblemas heráldicos descritos en esas fichas, que son quince, entre españoles y franceses. Siguen tres ligaciones [núm. 247-250] que formaron parte de la colección de Lázaro y hoy no se hallan en ella, sin duda un acierto el haberlas incluido. Las páginas que siguen son prueba, una vez más, del rigor con que trabaja Yeves pues el índice onomástico es muy

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 54 (julio-septiembre, 2008)

completo, con veinte páginas [pags. 411-431], y los dos apartados que continúan también son prueba de laboriosidad: una tabla heráldica en la que se adjudica a cada poseedor recogido la pieza, división y disposición del escudo que aparece y el lema cuando asimismo está presente. El glosario de términos heráldicos [pags. 445-454] siempre es necesario en este tipo de publicaciones. Se cierra el volumen con un índice de propietarios [pags. 455-456], y una detallada bibliografía que desarrolla las menciones abreviadas al pie del texto. Es una bibliografía [pags. 457-462] en verdad útil para el interesado tanto en encuadernación histórica como en bibliofilia, sobre todo hispana, en heráldica en el libro y, en general, en los fondos lazarianos.

Encuadernaciones heráldicas de la biblioteca Lázaro Galdiano es un ejemplo a seguir para otros relevantes depósitos con ricas encuadernaciones. El modelo de ficha seguido por Yeves es muy útil por la riqueza de elementos que ofrece. El coleccionismo librario, como se sabe, va más allá de la bibliofilia y tiene connotaciones sociológicas, por lo que este tipo de estudios son a la postre imprescindibles para observar tendencias de adquisición y otras realidades.

NOTAS

- (1) Recordemos las marcas editoriales, véase el importante texto de Georges Colin, «Les marques de libraires et d'éditeurs sur des reliures», en *Bookbindings & other bibliophily. Essays in honour of Anthony Hobson*, Verona, Edizioni Valdonega, 1994, pags. 77-115.
- (2) Véase Pedro Vindel Angulo, *Grandeza y Gloria Hispana. Bibliófilos célebres. El Marqués de Caracena, 1608-1668*, Madrid, [Sobrinos de los Suc. de M. Minuesa], 1923.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 54 (julio-septiembre, 2008)